

# ESTE VERANO, NADA



Los veranos son épocas de asueto y divertimento en los que aprovechamos para hacer cosas que habitualmente no podemos, por ejemplo leer. Pero para que esto sea posible, otros tienen que dar este servicio al ciudadano. Y estemos de playa, montaña o ciudad, la piscina, por lo general, acompaña nuestros días estivales. En ellas hay quien se sumerge y nada. También están los que, simplemente, no hacen nada. Quien bucea entre las páginas de un buen libro y se abstrae de la realidad. Y quien es envuelto o abducido por historias imposibles.

Queridos compañeros del metal, del vil metal, tenemos el veranito encima. En breve el calor sofocante. Y, en breve, el sofoco de cuadrar vacaciones y pujar por gastarlas en periodo estival para coincidir con la familia. Y es que siempre hay alguien a quien le toca quedarse trabajando en la biblioteca, y tiene que disfrutarlas fuera de temporada y solo. ¡Ni que fuéramos la funeraria! Con jornada de puertas abiertas 7-24-365, ya salga el sol o caigan chuzos de punta. Y, además, ofreciendo los mismos servicios, sin cerrar ninguno, solo que en verano con menos personal aún. Así que, una de dos, o vamos sobrados durante todo el año (que no es el caso) o en verano vamos ahogados (¡y no sólo de calor!). A la vista está que nuestra concejala, que aún no conoce la biblioteca y, además, puede disfrutar sus vacaciones cuando se le antojan, cree que hay personal de sobra o que el que hay es omnipresente.

Pero yo, este año, lo tengo claro: no pienso entrar en la puja. Ni por julio, ni por agosto, ni por septiembre. Primero porque el verano pasado acabé muy quemada. Y no sólo del sol gallego (que también, porque ni asomé) sino del gallego de mi *espeso* (que no lo es

pero lo parece). Por él estuve todo el año a plan, pasando más hambre que una modelo de *Woman Secret*, para hacerme con el título de Miss Playa Frouxeira...y para que estuviera orgulloso de mí (que él tiene muchos títulos y yo ni siquiera un máster de la Rey Juan Carlos). Y por él lo perdí cuando, minutos antes del concurso, fingió ahogarse en la mar salada para conseguir su minuto de gloria y evitar así mi salto a la fama. Y, en segundo lugar, porque no quiero coincidir con él. Ni con él ni con nadie. Con él por rencor. Y con el resto del mundo por vergüenza. Vergüenza porque, desde aquel episodio en el que dice vio de cerca la muerte al tiempo que descubrió el fondo marino y su poder mágico, o se quedó trastornado por falta de oxígeno en el cerebro o enterró en el fondo del mar, no las llaves Matarile sino su *sutilómetro*, y ahora no hay día que no se *sincericie* conmigo. Ni día que, al pagar algo, no me cante las verdades del barquero: "Las niñas bonitas no pagan dinero. Pero tú, como eres de Formentera (Deforme entera), la pagas entera". Con lo feliz que vivía yo *Disneyzada*. Y, claro, ante tan evidente doble lectura (que yo para eso soy muy larga y las cazo al vuelo), me dio una bajada de defensas que me desencadenó



una descodificación emocional. Y, para tratar de resetearme, llevo todo el año entregada a la cocina de pueblo tradicional: lentejas de autor, judiones de la granja (con su compan-go y todo) y migas del pastor con chistorra y uvas. O sea, que no me he privado de nada, vamos. Y, claro, como he engordado y estoy "tiposa" (tipo-osa, que diría él), prefiero quedarme aquí, trabajando. Y no exhibir mis carnes magras. Este verano lo auguro redondo, por mis formas y por mis planes.

*Siempre hay alguien a quien le toca quedarse trabajando en la biblioteca.*

Mis compañeros han alabado mi decisión. La concejal la ha recibido con agrado. Y mi familia... Mi familia no me habla. Dejo volar la imaginación, recreando mi veraneo: sola, sin compañeros –que el buey solo bien se lame– con jornada intensiva, iy de Rodríguez!... mientras mi *espeso* estará *full time* con las niñas y las perras (las abuelas y las *canhijas*). Cocinando, limpiando, planchando y reencontrándose con las bravas aguas del norte.

Apenas he empezado a soñar cuando entra esta circular: "Este verano, de julio a septiembre y en horario de 17 a 20 horas, el ayuntamiento ofrecerá a sus ciudadanos un novedoso servicio en las instalaciones deportivas municipales". Ya estaba imaginando yo que iban a estirarse con un puesto de helados y patatas fritas, una clase de zumba acuática o un servicio de masajista, cuando leo más abajo: "Bibliopiscina: sumérgete en nuestras lecturas". ¡Ay, madre, se me ha quedado la boca seca y flojas las canillas! Suena el teléfono:

- (Servidora tartaja): "Biblio-te... biblio-pis... biblio-te-ca, idígame!"
- (Concejala, alto y claro, y de corrido): "Sin dudarlo: ¡Bi-blio-pis-ci-na! ¿Qué le parece el reto, Señora Súper, de liderar el proyecto aprovechando que trabaja en verano, que sé de su espíritu de superación, que hace mucho calor y que la jornada intensiva no gusta al ciudadano... por las mañanas en la biblioteca y por las

tardes en la piscina...y así, de paso, le da un poquito el sol y se refresca de vez en cuando?" (No, si al final me hace un favor ella a mí).

- (Servidora sin saber cómo salir del paso): "Bueno, yo es que soy más bien de... de secano" –le he dicho.
- (Concejala tomándose el pie de la letra): "Pero ¿usted no es de Formentera?"
- (Servidora cual besugo): No, bueno... yo, en realidad, soy deforme entera".
- (Concejala nerviosorum): "¿Y qué he dicho yo sino de Formentera? ¡Es igual, déjelo! ¡Como si es de Logroño! (a punto he estado de liarla con la rima). ¡No se hable más: prepare el fondo".
- (Bibliotecaria, servil, sin contrato fijo y sintiendo un sudor frío): "Es que hay zonas por donde no hago pie".
- (Concejala indignada): "¡El fondo de la piscina, no, el otro!"
- (Bibliotecaria *fashion victim*): "¡Ah, el del armario!"
- (Concejala engorilada): "¡¡¡El fondo de libros, Señora Súper!!!".
- (Bibliotecaria sin posibilidad de renovar contrato): "¡Ah, bueno, mientras no sea preparar el fondo de la piscina!"
- (Concejala): "¿Cómo dice?"
- (Servidora): "¡Descuide, descuide!"

Cuelgo el teléfono y, conteniendo el hambre y las lágrimas de rabia por tener que exhibir mi redondo cuerpo delante de todo el pueblo, tiro mi merienda a la papelera y tiro de creatividad para reinventarme. Preparo primero el régimen soviético al que me voy a someter, esta vez a base de algas. Y luego todo lo concerniente al proyecto: un cartel que diga "Sucedió en verano" y una selección de títulos que, por cierto, parecen premonitorios:





*Una biblioteca de verano, El verano sin hombres, Al calor del verano...* De camino a casa paro en el *chino* y compro, de mi sueldo, una sombrilla, una mesa de camping, un abanico tamaño *Locomía* y un par de flotadores (para decorar y por si los necesito). Ya en casa, cojo una baraja de cartas, el parchís, las damas, el dominó y un ajedrez. Y, por último, me pruebo mis bikinis, trikinis, bañadores y pareos. Finalmente me decanto por el traje americana, pero de baño, y con efecto faja: el neopreno. Preparo la bolsa de piscina y un *tupper* con espuma de algas sobre crujiente de kale mientras todos en casa preparan sus maletas y las meriendas para el viaje: unos bocatas de tomo y lomo (ibérico). Se me saltan las lágrimas. Mi *espeso* me dice que no sea bobita, que el tiempo pasa volando. Pero yo sigo llorando por verles partir. No a ellos sino los bocadillos de lomo y mis tardes de Rodríguez.

Termino la jornada de mañana y me dirijo hacia la piscina municipal, llevando a cuestas la bolsa de piscina y la tabla de planchar que, igual que el año pasado, la he tuneado como si de una de surf se tratara, con la única diferencia de que esta vez seré yo quien la use y no la abuela. En lo que como

mis algas, consigo que el neopreno suba más allá de mis nalgas y monto la mesa, ya es la hora de inaugurar la Bibliopiscina. La foto para el periódico local se me antoja patética. A la derecha la concejala de cultura, en bikini con estampado *animal print*. A la izquierda la de festejos -más OSAda- en trikini (todo un espectáculo). Y en el medio el Señor Alcalde, luciendo bañador turbo y pelo en pecho, amén de barriga cervecera. Al fondo yo, la más elegante. Con mi traje negro de neopreno, tuneado a base de lentejuelas, parezco una sirenita. Y de música de fondo, el *hit* veraniego que no podía faltar: "¡El chiringuito, el chiringuito...!".

Mientras la clase política se cobija a la sombra de un árbol y brindan con una sangría bien fresquita (en vez de con el clásico vino español de todas las inauguraciones), comienzan a acercarse a mi mesa algunos curiosos, como curiosos son sus atuendos: estampados hawaianos, tangas, turbos... La mayoría de ellos modelados por usuarios de la biblioteca. Y, entonces, yo, sudando tinta, no tanto por el sol y el neopreno como por el bochorno de tener que atender a mis usuarios en estas singulares circunstancias, cojo el abanico (sangría no, que estoy de servicio)

y me pregunto, al tiempo que suena, muy al caso, lo de "¡Vaya, vaya, aquí no hay playa!": "¿Qué necesidad tengo yo de ver a nadie de *aquesta* guisa?"

En un momento he prestado todos los juegos y revistas. Los libros, sin embargo, aún continúan expuestos, como yo, expuesta al sol, a reclamar la atención de alguien y al escarnio público. Me presto "Veinte mil leguas de viaje submarino" para engrosar la estadística y para ver si me traslado mentalmente a alguna playa y me abstraigo de este panorama imposible. Leo: "El año de 1866 quedó marcado por un acontecimiento extraño, un fenómeno inexplicable e inexplicable que seguramente nadie haya olvidado".

Interrumpen mi lectura. Es mi pretendiente...*my lover* (también marcando estilo), ese que me escanea de abajo arriba pero que, en pasando por el Canaletto de Rigoletto, se le queda la mirada enganchada y sólo le falta cantar aquello de "¡Oh, sole míoooo!"...y sin quitar el ojo de la cremallera de mi neopreno que, sugerentemente, he dejado abierta a la altura del pecho, a modo del anuncio ese de "Busco a Jacques", me dice, muy ocurrente: "¡Hace calor, eh!". "¿Sí?" -le digo, incrédula, mientras me caen ríos de tinta por el canalillo. "¿No te bañas?" -me pregunta ahora. "No, yo es que soy de seco" -le contesto, también ocurrente. "¿...o es que no sabes nadar?" -pregunta inoportuno, como quien pregunta la edad. "¿Eh? ¡Sí, si yo soy socorrista!" -le he contestado mintiendo como con la edad. "Es que el cloro de la piscina no es compatible con el Ph de mi piel" - he concluido, mientras que la concejala sigue con la oreja pegada y observa de reojo mi rostro (no sé si por mi cara dura o por la tersura de mi epidermis). Continúo con la lectura: "Y es que nos convertimos en viejos amigos, unidos por esa amistad inalterable que nace y se cimenta en las situaciones más aterradoras". (¡Qué curioso! Lo mismo me pasa con mis usuarios y jefes).

Reflexionando ahora sobre la frase de que *El mundo no precisa de nuevos continentes, sino de hombres nuevos*, pienso en mi *espeso*. Pero levanto la mirada y veo al socorrista frente a mí. Y, aunque las comparaciones son odiosas, no puedo dejar de darle la razón a Verne. ¡Sí, hacen falta hombres nuevos! Me acerco para olerle mientras me cuestiono de dónde habrá salido semejante cuerpo-escándalo-mulatón y me susurra al oído: "¿Doña Súper, bibliorina o socorrista...cómo es que

usted quiere que la llame, mi *amol*?" "Mi amor está bien" -le digo embobada, al tiempo que suena "Mami, ¿qué será lo que quiere el negro?", también de Georgie Dann. "Ay, *mi amol* -me dice, zalamero, mientras deja la toalla sobre mi mesa- hágame el favorcito de cubrirme, que el catering me ha sentado mal y voy a tener unas palabras con el Señor Roca". ¡Madre mía, ni por esas se me ha bajado la libido! Al contrario, me han subido los colores y los calores. De buena gana me tiraba al agua para refrescarme, si no fuera porque iba a dejar en evidencia mi estilo "perrito-chiguagua". Confundida y deslumbrada ante tal propuesta y tal cuerpo, todo embardurnado de aceite de jobaba, rápidamente cojo la toalla y le cubro sus mojaditas, morenas y tatuadas espaldas (porque esa espalda no era una sino dos o tres...o ¡qué sé yo! Desde luego, no la de mi *espeso*).

*Mientras la clase política se cobija a la sombra de un árbol y brindan con una sangría bien fresquita, comienzan a acercarse a mi mesa algunos curiosos, como curiosos son sus atuendos: estampados hawaianos, tangas, turbos...*

- "¡No, mujer! (ya no me llama *Mi amol*)... que me cubra el puesto" -me aclara al tiempo que sale corriendo, dejándome ojiplástica a la par que boquiabierta y con la palabra en la boca.
- "Que yo no soy so..." - ¡Sooo, Súper, so! Me he dicho ágil cual gacela.
- "¿Le pasa algo, Señora Súper?" - pregunta la concejala, que sigue con la antena puesta.
- "Estoy so...sorprendida...del éxito de la Bibliopiscina. Y sofocada. ¡Muy sofocada! - le he dicho (y no miento).

Cojo el libro y abro por cualquier página: "La última maravilla siempre es la más sorprendente (acabo de constatarlo), y si esta progresión se mantiene no sé en qué parará todo esto" (en divorcio seguro). Me santiguo y rezo para que así sea.

Continúo leyendo: "Los rayos del sol caían sobre la superficie del mar en un ángulo bastante oblicuo...". Igual que han caído sobre el Alcalde que, a estas alturas de la tarde está rojo como una gamba, no sé si abrasado por el sol, quemado por la brasa que le está dando su concejal o cocido por haberse tomado un vasito de sangría. Un vasito detrás de otro. A lo lejos veo a una de mis usuarias subida al trampolín. Miro el reloj. El socorrista no ha vuelto. Rezo. Da tres saltitos sobre el borde para coger impulso y ¡alehop! se lanza al vacío y al salir del agua –esta vez suena "Mi limón, mi limonero" – vemos que va en topless, ha perdido el bikini en el fondo. El Alcalde, ojo avizor y sin perder tiempo, ha levantado la copa de sangría y, tras gritar "¡Viva la limonada, monada!", se ha lanzado de cabeza al agua, aunque ha amerizado primero sobre la panza, en busca del sujetador perdido (seguro que luego va probándolo de bañista en bañista como si del zapato de Cenicienta se tratara). En esto asoma a la superficie, con él puesto sobre su pecho, pero tumbado boca arriba y quieto como un muerto.

- "Pero, ¿qué hace ahí, parada como un pasmarote?" – pregunta a voz en grito la concejala de cultura.

Miro detrás de mí, pero no hay nadie. O sea, que el pasmarote soy yo.

- "¡Tírese, mujer, tírese al agua! ¿No es usted socorrista? ¡Tengamos la fiesta en paz!" – grita ahora la de festejos.

En vista de que el socorrista no regresa (debe de estar más descompuesto que yo), me bebo de un trago dos litros de sangría, me tiro a la piscina con todo el equipo (los dos flotadores en forma de cisne, que he tenido que ponerme a modo de manguitos porque no me subían más allá de las rodillas) y grito: "¡Todo por la Patria!". Sumerjo la cabeza, con más miedo que vergüenza. El fondo de la piscina, inundado de las piernas de los bañistas, se me antoja como un inmenso mar repleto de "seres imaginarios

y gigantescos, desde la ballena blanca, la terrible «Moby Dick» de las regiones hiperbóreas, hasta el descomunal kraken, cuyos tentáculos pueden enlazar un buque de quinientas toneladas y arrastrarlo a los abismos del océano". Y en medio de tan formidable espectáculo, el Alcalde, tumbado boca arriba, a medio sumergir y apenas dejando asomar por la superficie esa po... poderosa tripa cervecera, se me antoja cual Nautilus. Emerjo a la superficie, dispuesta a socorrerle, cuando entre él y yo, se interpone el socorrista en forma de "Booombaaa" al tiempo que King África sonaba y cantaba lo propio. El remolino y la agitación se me antojan ahora como el Maelstrom. Entonces, el Alcalde se incorpora, muestra el bikini y, con sonrisa socarrosa, pregunta: "¿Quién será la princesa?". Y vuelve a hacerse el muerto. Exhausta, pierdo la conciencia y, a medida que voy hundién dome, escucho voces que gritan "¡Salven al Alcalde!". Nadie se acuerda de mí. Toco fondo (definitivamente y en todos los sentidos). Pero, eso sí, cruzo las piernas para no perder la compostura, y espero a que Dios se apiade de mí. Finalmente no es éste sino el socorrista –para mí como un Dios– el que viene a rescatarme. Me lleva cogida entre sus musculados brazos, piel con piel. "¿Cómo es que estás, *mi amor*?" –me pregunta mientras suena "Cachito mío" de Nat King Cole–. "Bueno..." –le he dicho, por no cerrarme puertas a un posible boca a boca–. Me tumba sobre el césped. Le observo embobada (parece un príncipe) hasta que aparece el Alcalde con el bikini sujeto bajo el sobaquillo (a modo de monedero) y dice: "¡Apártate de mi princesa, bellaco!". De ahí en adelante, lo último que recuerdo (del ínterin se encargó mi memoria selectiva) es un estribillo que decía "Se la llevó el tiburón".

Llego a casa. Pienso en llamar a mi familia para contarles el extraordinario suceso. "Pero, ¿me creerá alguien? No lo sé. Poco importa, después de todo. Lo que puedo afirmar ahora es mi derecho a hablar de los mares en los que... he recorrido veinte mil leguas, de esta vuelta al mundo submarina que me ha revelado tantas maravillas". ▲